

Lia Piano

Planimetría de una
familia feliz





Seix Barral Biblioteca Formentor

Lia Piano

Planimetría de una familia feliz

Traducción del italiano por
Isabel González-Gallarza

Título original: *Planimetria di una famiglia felice*

© Lia Piano, 2019

publicado originalmente en italiano por Giunti Editore S.p.A / Bompiani

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Imagen del interior: p. 9, Shunji Ishida

Canciones del interior:

p. 113 *Tu sei l'unica donna per me*, escrita e interpretada por Alan Sorrenti

© 1979 EMI Italiana/Edizioni Ala Bianca

p. 115 *Gloria* (de U. Tozzi - G. Bigazzi), interpretada por Umberto Tozzi

© 1979 CGD

p. 119 *Pensiero stupendo* (de I. Fossati - O. Prudente), interpretada por

Patty Pravo © 1978 RCA Italiana

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-322-3793-5

Depósito legal: B. 4.259-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

PASILLO, VOZ DEL VERBO PASAR

Todas las mañanas lo mismo. Entraba en la habitación, abría de par en par la ventana, apartaba las sábanas y se ponía a cantar a voz en grito en dialecto calabrés:

—*Jettala, jettala a mari / si la pigghja lu pisci-cani / si la pigghja lu piscitunnu, / jettala a mari 'mpundu, 'mpundu.**

—¿Qué?

—Despierta, que es tarde —me decía en dialecto.

—¿Qué?

—Despierta, niña, arriba.

Maria apareció en la segunda mitad de la déca-

* Tírala, tírala al mar / si la agarra el tiburón / si la agarra el atún, / tírala al mar, al fondo, al fondo. (*Todas las notas son de la traductora.*)

da de 1970, cuando mis padres decidieron regresar a Italia. Mi padre tenía algo menos de cuarenta años, y mi madre algo más de treinta. En diez años se las habían apañado para cambiar tres veces de país, celebrando cada mudanza con un hijo. Pero había llegado el momento de convertirnos en una familia tradicional, para lo cual compraron una casa de verdad y se embarcaron en su empresa más difícil: llegar a ser normales.

El primer paso consistió en buscarnos a mis hermanos y a mí una tata que se ocupara de cuidar-nos y educarnos. Una institutriz. En las semanas que duró la selección, pasaron por el salón austeras señoritas alemanas, mofletudas *au pairs* inglesas, quemadas por el sol de mayo, y enjutas *mademoiselles* francesas con *chignon*. Entonces, con una de esas piruetas de la lógica que marcaron el verdadero destino de la familia, mi madre la eligió a ella.

Concepita Maria era calabresa, acababa de emigrar al norte desde el corazón de la Sila con sus trece hijos y su marido, Carmelo, expresidiario. La tarde en que fue contratada, ante el estupor y la indecisión de mi padre, mi madre se mostró inflexible:

—Tiene cara de persona que trae suerte.

Y era eso lo que la salvaba cada vez que liaba una tan grande que mi padre bramaba desde el pasillo:

—¡Esta vez la despido!

Los tres hermanos respondíamos al unísono:

—¡No, papá! Trae suerte.

Una carrera profesional salvada por la magia.

Es verdad que, como preceptora, Concepita Maria tenía sus limitaciones. Para empezar, era completamente analfabeta. No sabía leer. Tampoco sabía los números, ni uno solo. La mitad de los días se equivocaba al tomar el autobús que la llevaba hasta nuestra casa y aparecía en la otra punta de la ciudad. Mi institutriz privada aprendió a escribir su nombre cuando entré en primaria y me enseñaron el alfabeto.

Entonces empezamos a practicar en la cocina, escribiendo sobre el vaho de los cristales:

—Primero la eme, que es como dos montañas, luego la bolita con el rabito, después el rizo, después la rayita y, por último, la bolita con el rabito.

—¿Pasta con marisco?

—El rizo.

—¿Pasta con pan rallado y anchoas, cazuela de pasta con patatas?

—La rayita.

—¿Tallarines con garbanzos?

—¿Qué?

—¿Puedes comer, niña? —preguntó en dialecto.

Cuando por fin logró escribir «Maria», para celebrarlo nos emborrachó a los tres con licor de huevo, pensando que era huevo batido y embotellado. Nunca llegamos a escribir «Concepita», y para nosotros tres siempre fue Maria a secas.

En cambio, era una moderadora excelente.

Cuando nos peleábamos, tenía una sola frase de advertencia:

—Niños, no riñáis.

Si no lo dejábamos, si no parábamos al instante el gesto, intervenía: se colocaba en el centro de la pelea y daba vueltas sobre sí misma con las manos extendidas. Un remolino de bofetadas que nos estampaban contra la pared, uno de cada lado.

Alguna vez mis padres trataron de darle indicaciones pedagógicas:

—Concepita Maria, ¿podría no pegar a los niños?

Pero el único resultado que obtuvieron a lo largo de los años fue que dejara de levantarnos la mano y pasara a tirarnos la zapatilla, que se quitaba con una agilidad que nunca habríamos sospechado. Maria era capaz de atinarnos con un lanzamiento realizado desde la otra punta del jardín. Pero no eran zapatillas lo que calzaba Maria, sino zuecos.

Además, tenía una virtud que en nuestra casa siempre ha salvado a todo el mundo: había sido guapa. No sé hasta qué número de hijo o hasta qué año de trabajo, porque entonces los adultos me parecían todos igual de viejos. Pero ahora sé que había sido guapa. Y conservaba lo necesario de esa belleza para que mi hermano Marco se enamorase de ella. Enamorarse como puede hacerlo un chico descarado y tímido, medio tonto y dopado de hormonas como un caballo de carreras. Para mi hermano, el cortejo consistía de hecho en un único

gesto, repetido obsesivamente cada mañana: trataba de saltar sobre ella.

Estaba claro que, aunque hubiera logrado su propósito, Marco no habría sabido qué hacer a continuación. Eso él lo sospechaba, y ella lo sabía perfectamente, pues lo trataba con ese espanto divertido que muestran las mujeres de mundo con los adolescentes.

Cada mañana se consumaba la misma escena embarazosa en el pasillo que comunicaba los dormitorios de la primera planta: Marco abría de par en par la puerta del baño, completamente desnudo, y perseguía a Maria, que huía gritando.

—¡Maria, ven que te posea! —graznaba él, que tenía el estímulo, pero carecía del lenguaje adecuado para traducirlo en palabras.

—¡Virgen santa, déjame en paz!

—Te deseo, Maria.

—Dios bendito, la somanta de palos que te daba —le decía en dialecto.

Al final, por ese pasillo pasaba otra cosa: algo que mi hermano no sabía expresar, y lo hacía su cuerpo en su lugar, lanzado como un proyectil hacia Maria. Algo que sólo ella entendía de verdad, y en todo ese zarandearlo y liarse a tortas con él para zafarse había también una caricia, aunque bien escondida. Y así habrían seguido por siempre si un día no hubiera llegado el típico adulto a estropearlo todo.

En efecto, mi padre abrió la puerta de su habi-

tación justo cuando acababa de pasar Concepita Maria, con un estruendo de exhortaciones a la Virgen y a los santos, y chocó de lleno con mi hermano desnudo, que, curiosamente, esa mañana llevaba una bolsa de basura en la cabeza. Unos segundos después era Marco quien huía, perseguido por mi padre, y, detrás de todos, Maria.

Mi padre y él se encerraron en el baño; a través del cristal esmerilado de la puerta sólo se veían sus dos siluetas: mi padre de pie y mi hermano con la cabeza gacha, mientras aún le duraba la erección.

—Éstas son las fantásticas ideas de tu madre. ¿Te das cuenta? ¿Tú entiendes lo que estabas haciendo? ¿Eres consciente?

—Pero, papá, es que...

—Quítate esa bolsa de la cabeza. Y no te rías.

—No me estoy riendo, papá.

—Quítate esas manos de ahí. No, mejor déjalas donde estaban. Y vístete, cabeza de chorlito.

Un mes después, Marco se marchó a Mallorca, a una expedición arqueológica. Le encontraron plaza en el último momento en un grupo de ancianos norteamericanos. Pero puede que en la isla hubiera más gente aparte, porque cuando volvió llevaba al cuello una concha en forma de corazón y dejó de perseguir a Maria por el pasillo. Pero ella siguió despertándonos durante años con la misma canción en dialecto sobre niños a los que se los comían los peces.